

Auschwitz fue para Primo Levi la antítesis del *logos*, de la palabra, del sentido. *Hier ist kein warum*, se solía repetir a los prisioneros. El mismo Hurbinek se convierte en un símbolo de esa ausencia de sentido y de palabra. Por ello, Levi entregó generosamente su vida a contar, a decir, a la palabra por la que sentía un fervor casi religioso. Por ello también, rechazó siempre una escritura oscura o enigmática. Esto le llevó a formular un decálogo del escritor que debe buscar siempre el sentido, la sencillez, la claridad.

Por último, respecto a su experiencia religiosa, si cabe hablar así, conviene tener en cuenta en primer lugar que Levi encaja perfectamente en el prototipo del judío «asimilado» europeo de antes de la guerra. El mismo cuenta que su idea del judío se reducía casi a «aquél que no pone árbol de Navidad»; la *judicidad* era algo cultural, si no anecdótico. Su identidad judía se le descubre dramáticamente con la deportación, por lo que, como señala Lucrezi, Levi descubre a Israel como un país sin Dios. «Si hay Auschwitz, no puede haber Dios» es una frase suya que ha pasado a formar parte del conjunto de máximas sobre el holocausto. Sin embargo, como muy bien intuye Lucrezi, la pregunta sobre Dios no queda cerrada del todo en Levi. De la no-presencia de Dios no se pasa irremisiblemente a su no-existencia. Quizás Auschwitz nos descubra otra imagen de Dios en la que, siguiendo una tradición mística judía (a la que nosotros nos atreveríamos a añadir la revelación cristiana del Dios crucificado), Dios aparece como débil, escondido, eclipsado. Pero, si esto es así, nos vemos casi obligados a considerar a Hitler como un instrumento divino y a Auschwitz como un lugar teológico. En cualquier caso, es claro que Auschwitz lleva a Levi a no creer en Dios, pero éste no se instala en una cómoda o despreocupada increencia; más aún, Auschwitz, para él, es igual de escandaloso para el creyente que para el no creyente.

Nos asomamos así a otros problemas de hondísimo calado que casi producen vértigo. El autor no traspasa esa barrera. Quedan formulados los grandes interrogantes de la obra de Levi. Quien lea a Lucrezi se sentirá invitado —casi provocado— a leer la obra literaria de Primo Levi, cada vez más asequible en castellano. Sólo nos queda felicitar a la Editorial *La Giuntina* que, pese a no ser muy conocida en España, recoge una amplia selección de títulos de variedad y calidad para seguir reflexionando acerca de Auschwitz y del judaísmo contemporáneo.—FERNANDO MILLÁN ROMERAL.

BERGAMÍN, JOSÉ, *Dolor y claridad de España. Cartas a María Zambrano* (Ed. Renacimiento - Junta de Andalucía, Sevilla 2005), 149p., ISBN: 84-8266-492-1.

La editorial Renacimiento viene regalándonos en los últimos años una serie de textos curiosos, alguno de los cuales hemos reseñado ya en esta misma revista. Se trata en este caso del epistolario que mantuvieron José Bergamín y María Zambrano en tres momentos distintos de sus vidas (1957-1958 desde París, 1963 desde Madrid y 1970, desde Madrid, tras su segundo exilio), si bien solamente se ofrecen las cartas de Bergamín (que se conservan en el Archivo de la Fundación María Zambrano de Vélez-Málaga), ya que éste no tenía costumbre de guardar las cartas que recibía. A pesar de esa carencia (grave, teniendo en cuenta los elogios que reciben las cartas de Zam-

brano por parte de su interlocutor), este epistolario es sumamente curioso y tremendamente significativo para rastrear el proceso intelectual y espiritual de Bergamín.

Se trata, además de una edición bien cuidada y bien anotada por Nigel Dennis, sin excesivo y farragoso aparato crítico, pero con unas notas que orientan y guían al lector en los temas más desconocidos. Quizás hubiera sido de desear algo más de objetividad (o de rigor) en algún comentario, como el referente a la *notoria simpatía* de Pío XII *por el fascismo internacional* (nota 24).

Uno de los temas más presentes en el epistolario es lo que podríamos denominar la segunda conversión de Bergamín al catolicismo. Él mismo lo expresa de diversas formas: muestra la *alegría de corazón* que le invade por *practicar de nuevo la fe que verdaderamente nunca había perdido* (p.30); indica que sus grandes amores son España, sus hijos y la Iglesia, a la que concibe —si bien entre signos de interrogación— como *unidad sacramental en Cristo* (p.39); termina o encabeza algunas cartas con una jaculatoria espontánea (*Dios me ayuda, confío en Dios*, etc.); muestra su admiración por Santo Tomás (p.48) y por San Agustín, al que llama *mi Agustín* (p.60), y expresa cómo ese encuentro con la fe le lleva a sentir cerca la muerte (algo que parece una constante en su obra), pero con serenidad o incluso con gozo. Más aún, ese sentido místico y confiado ante la muerte que se acerca lo vive de forma especial en la eucaristía:

«Fui a la eucaristía como a mi muerte, sintiéndola como juicio sobre mí de Dios. Aceptándolo totalmente de ese modo. Y sin dolor ni agonía. Sin alegría tampoco... Hasta que volví. Y entretanto sí, alegría, infinita alegría como la de mi infancia. Fue como un crepúsculo interior que la segunda vez que volví, me daba, suavemente, una consolación infinita (el día de la Asunción, este verano)» [p.55].

No es de extrañar que el P. Daniel Pezeril (que asistió a Bernanos en sus últimos momentos de su vida y que sería obispo auxiliar de París) intuyese la hondura de esta experiencia y le pidiera a Bergamín que escribiese su testimonio, a lo que éste resistió. En sintonía con ese gozo espiritual, en octubre de 1959 muestra su alegría por la elección de Juan XXIII (*¡Al fin un Papa bueno!*), si bien despide con dureza, cercana al mal gusto, a Pío XII.

Otros temas de interés muy variado aparecen intermitentemente a lo largo de estas cartas (su emoción al volver a España, sus poemas —o *coplas*, como él mismo los define—, el origen bergamasco de su apellido, su relación algo ambigua con Ortega, la deuda que reclama a la revista italiana *Botteghe oscure* —con la que María Zambrano le había puesto en contacto— y que ésta nunca le pagaría, etc.).

En muchos de estos temas (que sólo aparecen en menciones puntuales o en comentarios pasajeros, dada la brevedad de las cartas), se nos muestra el Bergamín honesto, espontáneo y emotivo, pero también cambiante, subjetivo, casi arbitrario. Madrid le parece una ciudad maravillosa, fascinante y única en el mundo, pero escasamente tres años más tarde, al volver de un viaje a Sevilla, le parece todo lo contrario (*Madrid, nuestro Madrid, me pareció oscuro y feo*). Es sólo una muestra que quizás explique algo de los vericuetos biográficos e intelectuales de la figura de José Bergamín. Como él mismo explica en uno de sus aforismos más famosos: *Si me hubieran hecho objeto sería objetivo, pero me hicieron sujeto.*—FERNANDO MILLÁN ROMERAL.